

AGAPITO MARTÍN ROMANÍ Un Combatiente por la Libertad

- José Luis Morro Casas -

En la madrugada del 3 de julio del 2.000 fallecía en Carcasona, Francia, uno de los últimos supervivientes españoles del campo de exterminio nazi de Mauthausen. Un cáncer había vencido en poco tiempo a quien tantas y tantas batallas había ganado a la muerte que, en numerosas ocasiones, quiso abrazarlo en aquellas inhumanas circunstancias.

Escribir sobre Agapito Martín es recordar a un hombre de carácter fuerte pero a la vez afable, humilde, solidario y, ante todo, amante de la Libertad. Este anhelo de libertad fue, sin duda, el que no le hizo dudar ni un instante en participar en aquella guerra fratricida para defender al Gobierno Legítimo de la República Española, guerra que nunca será entendida por quien no sepa ver en ella un episodio (uno más) de la lucha de clases a escala mundial. Después, con la derrota, marchará al exilio junto a medio millón de españoles. Nunca en la historia de España se había producido un éxodo de tal magnitud.

"España sale de España", escribía desde su exilio en Puerto Rico Juan Ramón Jiménez. Con tan pocas palabras definía aquellos dramáticos acontecimientos ocurridos durante el invierno de 1939. Fue el principio de una larga historia de dolor y sufrimiento, pero también de dignidad y coraje. Allá, hacia lo desconocido, iban ellos

dejando atrás los horrores de la guerra para enfrentarse a su nueva condición de refugiados.

Este escrito es un breve resumen del libro de Agapito Martín "Sobrevivir a Mauthausen", que el día 3 de octubre de 1997 tuvo el honor de presentar junto a su autor en la casa de Cultura de Soneja. Fue realmente una gran satisfacción poder colaborar en la redacción de este

libro de memorias junto a Vicente Palomar, compartiendo aquellas tristes, penosas, dramáticas vivencias que Agapito nos iba relatando de esta terrible parte en su vida. Ahora que nos ha dejado, en el momento en que se conmemora que hace sesenta años numerosos ciudadanos españoles fueron enviados a aquellos horribles campos de la muerte, es de justicia que asomen aquí parte de sus memorias porque, como alguien dijo en una ocasión, *el pueblo que olvida su pasado está condenado a revivirlo.*

Agapito Martín Romaní nació en Soneja el 16 de septiembre de 1916. Su infancia transcurrió, seguramente, como la de cualquier niño de su población, jugando, recorriendo sus calles, subiendo y bajando montes cercanos a su villa, nadando en las orillas del río Palancia o escapando a las fértiles huertas de la población. En la escuela pública aprende las primeras letras hasta finalizar su etapa escolar, que compaginará con la ayuda a su padre para transportar leña hasta las



Agapito Martín durante su última visita a Segorbe en Mayo del 2000.

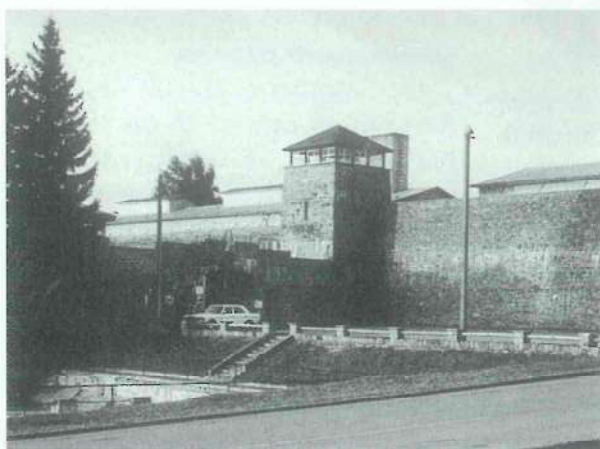
fábricas de yeso o hasta los vagones del tren que la conducía a Manises, a los hornos de cerámica. Una de sus aficiones en su etapa de juventud fue la bicicleta, deporte que practicó junto a otros compañeros de la comarca haciéndoles formar un equipo ciclista. Aragón y Valencia serán los lugares más habituales en sus recorridos.

Con unos amigos valencianos veraneantes de la población, que poseían un coche, recorrerá los pueblos de la comarca causando la admiración de todos por el escándalo que causaban, sobresaltando la tranquilidad de las distintas poblaciones en aquella época. Pero la tranquilidad finalizó aquel caluroso domingo de julio de 1936, cuando las tropas fascistas se alzaron en armas contra la República Española. Agapito Martín no dudó ni un momento aquella fatídica fecha en tomar las armas para defender la democracia contra los que no toleran la libertad de todos. Junto a otros compañeros de Soneja creó el *Batallón de La Chola*, que una vez preparado en Valencia marchó al frente de Teruel en donde permaneció hasta su caída en manos fascistas en el mes de febrero de 1938. Con la retirada del ejército republicano fue trasladado a Verdú (Lleida), al *Batallón Hipomóvil*, en el que fue ascendido a sargento. Desde Farga de Moles, último pueblo de España hacia Andorra, llevaban los suministros a las tropas estacionadas en el Pirineo. Piedras de Aolo será su último estacionamiento en suelo español, pues con la derrota del ejército republicano en la batalla del Ebro los franquistas tienen el camino abierto para conquistar toda Cataluña. Es el comienzo del final de un

sueño de libertad para el pueblo español, nacido aquel ya lejano 14 de abril de 1931.

El 13 de febrero de 1939 Agapito Martín cruza la frontera española por el Coll d'Ares camino del exilio. Ya en tierra francesa, fue llevado, con un frío espantoso, al campo de Prats de Molló, lugar que acoge a veintisiete mil españoles. A finales de este mes es trasladado al campo de Rivesaltes, en el que permaneció algunos días antes de llevarlo al de Barcarés donde se alistó a la Legión Extranjera. En este campo encontrará a dos ciudadanos de Soneja, el Teniente D. Miguel Ballester Soriano y el Sargento D. José Ballester Soriano. Ambos partirán rumbo a Chile en agosto de 1939 a bordo del Winnipeg, barco fletado por el entonces cónsul chileno en Francia, Pablo Neruda. Mientras tanto, Agapito Martín llega a Perpiñán el 10 de marzo y desde aquí se traslada a Marsella, al fuerte de San Carlos, donde pasó un reconocimiento médico en el que fue declarado *apto para el servicio*.

Agapito no pudo soportar por mucho tiempo aquella inmensa concentración de compatriotas en tan terribles condiciones; quizá influyera el carácter aventurero que llevaba dentro, pero lo cierto es que no se veía encerrado dentro de aquellas alambradas que rodeaban los *campos* a los que fueron a parar, y muchos de ellos a morir, miles y miles de españoles después de la gélida y despreciable acogida del gobierno francés. Tras firmar por cinco años con la Legión fue embarcado en el Viejo Puerto marsellés rumbo a Orán. Desde esta población norteafricana fue trasladado



Mauthausen.



a Sidi-bel-Abbes, ciudad en la que se encontraba el cuartel general de la Legión Extranjera en África y en la que aprendió a soportar el rígido y duro mundo legionario. Fueron días de esfuerzo y sacrificio, pero Agapito era un hombre ya curtido en las batallas; cambiaba ahora el frío por el calor, pero eso a él no le preocupaba, ni tampoco las marchas nocturnas o cualquier otro tipo de instrucción que se le ordenara. El Arissa fue su otro destino, finalizando aquí su periodo de formación para regresar de nuevo a Sidi-bel-Abbes, donde pudo elegir cuerpo libremente. Solicitó, *Caballería Motorizada*, siendo trasladado a Souza (Túnez), base del Regimiento, con el número 83.683.

El 3 de septiembre de 1939 el pueblo francés ya no tiene ánimos para reír; Francia acaba de declarar la guerra a Alemania. La predicción de los refugiados españoles se ha convertido en realidad. Aquellos franceses que sólo sentían desprecio hacia unos *cobardes españoles* incapaces de resistir al fascismo más de treinta y seis meses, van a tener tan sólo nueve para demostrar su coraje... Y es aquí cuando los *parias* españoles pasan a ser indispensables para la economía y la defensa nacional, al tiempo que comienzan a descubrirse las desertiones de centenares de soldados franceses que huyen a través de los Pirineos a España. Es el preludio de la debacle francesa de mayo - junio de 1940.

Ante este acontecimiento, las tropas legionarias son acuarteladas y los mismos soldados españoles quieren ir a defender a Francia, ¡que ironías del destino!. Embarcados de nuevo, llegan a Marsella donde permanecerán acuartelados hasta febrero de 1940, fecha en que son destinados a Carcasona y otros pueblos cercanos. Con el comienzo de la invasión alemana a los Países Bajos, los legionarios son trasladados a Beçanson, en pleno frente de guerra. Agapito tiene el primer contacto de fuego contra la impresionante máquina de guerra que es el ejército alemán. Puede comprobar cómo aquellos soldados de la grandeza de Francia huyen como conejos desobedeciendo a sus oficiales. Tanto es así que, en una durísima batalla entre Peronne y Saint Quentin, sólo quedan treinta hombres voluntarios para retener a todo un ejército, mientras las tropas francesas se retiran en desbandada hacia el sur. A las cinco de la tarde del 10 de junio, día en que el gobierno



Agapito Martín y Laura Bosques, hija del Embajador de Méjico D. Gilberto Bosques, que facilitó la salida de Francia de miles de antifascistas europeos.

francés abandona París, Agapito Martín, junto a un letoniano que había participado en la guerra española e hijo de un general, es hecho prisionero por los alemanes en las ruinas de una casa en la que se habían escondido.

Los alemanes capturan a 80.000 prisioneros que son obligados a marchar hacia Amiens al día siguiente. Desde esta población partirán hacia el norte andando; son días muy duros en los que el hambre, la sed y los disparos de los alemanes dejarán a muchos en el camino. En estas condiciones cruzarán Bélgica y Holanda hasta llegar al río Rhín, donde embarcarán hasta llegar a su desembarcadura para ser utilizados como mano de obra esclava en la recolección de la turba.

Adentrados en el otoño, los prisioneros son trasladados a Alemania, al Stalag VI-C. Agapito porta el número 36.620, siendo destinado a la carga y descarga de trenes. Aquí recibió el primer paquete de alimentos de su familia, de la que no sabía nada desde hacía tiempo, a través de la Cruz Roja. Dortens y Trier son sus otros traslados por los Stalag alemanes, hasta que un 26 de marzo de 1941 todos los españoles de este último campo, un total de 1.500, son introducidos a golpes en los vagones de un tren. Les dan como único alimento para el viaje un kilo de pan y un trozo de salchichón, pero nada de agua, que será recibida desde una manguera a través de las 4 ventanillas con alambradas del vagón en las estaciones en las que hacía paradas el convoy.



Ciudad de Carcasona (Francia), en la que Agapito vivió y trabajó tras su liberación.

Una mañana de abril el tren hizo su primera parada ya en suelo austriaco: era la estación de Linz. Agapito vio como una mujer vestida de negro se persignaba, sorprendiéndole aquel gesto ¡qué poco faltaba para que lo comprendiera!. Minutos después el tren comenzó de nuevo a circular por los raíles, pero al poco tiempo se detuvo. Súbitamente, las puertas se abrieron y allí, frente a ellos, una larga fila de SS con metralletas y pistolas les esperaban junto a aquellos terribles perros. Enseguida vinieron las órdenes, los gritos y las prisas para bajar de los vagones, dando paso a los golpes y empujones. Fueron momentos dramáticos, dantescos, viniéndole entonces a la memoria el gesto de aquella mujer en la estación de Linz.

Una vez formados en filas comenzó la marcha a base de golpes y culatazos por un pueblo desierto. Exhaustos, llegaron a la cima del

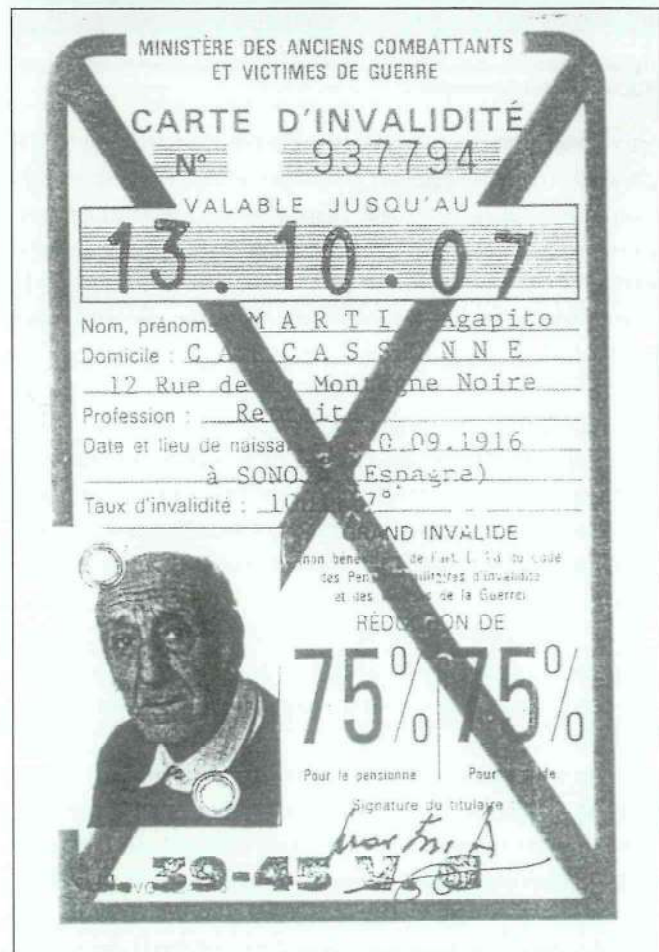
monte que coronaba al pueblo. Otros no tuvieron la misma fortuna, siendo rematados en el camino. Entraron por una puerta entre dos torres rodeadas de alambradas eléctricas: era el campo de exterminio de Mauthausen. A las dos de la tarde del 3 de abril de 1941, Agapito Martín entraba en aquel inmenso antro de horror, de sufrimiento y de muerte.

Cuando Agapito traspasó aquella puerta, una inmensa tristeza hizo presa en él: *“olvida todo lo que más quieres de este mundo, tu familia, tu gente y piensa sólo en tí. Porque vas a tener mucho trabajo para poder salir de este lugar”*. Fue este uno de los momentos más trágicos de su relato, a pesar de haber transcurrido tantos años de aquel instante. Sus ojos quedaron invadidos por las lágrimas y su voz quebrada no podía salir de su garganta. Pero rehaciéndose continuó, a los pocos minutos, narrando su llegada a este campo de la muerte.

Después de depositar sus pertenencias en el suelo los hicieron desnudar. Formados en dos filas fueron hacia las duchas en las que dieron comienzo los martirios, primero agua fría, de repente agua hirviendo. Todos querían salir de aquel infierno, pero afuera los esperaban los *cabos de vara*, algunos de ellos españoles, que los aguardaban con sus vergas de buey repartiendo golpes y más golpes. Fue el comienzo de una larga lista de atrocidades que sólo el ser humano es capaz de realizar.

Tras este recibimiento, Agapito fue destinado a la barraca 12-B, con capacidad para 250 personas, normalmente. El *jefe de barraca* dio la orden de cortarles el pelo y rasurarlos, así como de comenzar la distribución de las ropas, un plato, un cuchillo y una cuchara, equipo personal de cada interno. Cuando acabó la distribución de estos utensilios se les dio un triángulo de color azul con una "S", en su interior de color blanco, el distintivo de los republicanos españoles, que cada uno debía coser en su chaqueta. Con este triángulo y el número 4.183, el nombre de Agapito Martín, dejó de existir.

Después fue destinado a la cantera del campo, donde miles y miles de hombres dejaron sus vidas en beneficio de las SS, propietarias de los campos de concentración. Para llegar a ella los presos debían descender por la tristemente célebre *escalera de la muerte*. Sus 186 peldaños fueron regados con mucha sangre española, aparte de ser ellos los que la construyeron. Un hecho realmente solidario de Agapito y de un compañero, Ángel Pérez, fue hacer caer a un soldado alemán por ella, entregándole el arma cuando llegaron abajo, lo que significó que la columna española fuera adelantada desde el penúltimo lugar y, en consecuencia, no recibir más palos. Este suceso debemos tomarlo como un acto de verdadera solidaridad con el resto de presos españoles. Hay que desmontar las falsas leyendas de algunos que han escrito sobre este campo describiendo verdaderas majaderías, cuando ellos nunca realizaron actos que, como este, aliviaran los sufrimientos de los españoles y, por extensión, de otras nacionalidades. Resulta curioso que este hecho, de una gran trascendencia, no se refleje en ningún libro escrito por españoles; por el contrario, sólo se escribe de



solidaridad en la comida o de favores administrativos, pero lo que no dicen es que preferían que un español muriese si no era de determinada ideología, o mejor, esperar a que un preso, amigo o no, falleciese para tomar el pedazo de pan y salchichón con que cenaban.

Muchas más cosas podríamos contar del



Agapito Martín y el escritor Eduardo Pons Prades. Hacía 50 años que no se veían.

tiempo en que Agapito permaneció en este campo, de su ingreso con los canteros o de cómo conseguir más comida aún a costa de comer con los cerdos, que por cierto comían mejor que ellos. Cuantas maneras de agudizar el ingenio para la supervivencia no ya sólo de él, sino de internos más necesitados. Otras formas de castigo eran las desinfecciones del campo, ¿quien no recuerda aquella famosa fotografía del 22 de junio de 1941, en la que cientos de presos desnudos se encuentran en la plaza durante 17 horas?. O las palizas por cualquier nimiedad que podían llevarte al crematorio, única salida posible para miles de prisioneros.

Agapito tuvo la fortuna de salir de aquel infierno gracias a un amigo que le pudo camuflar en una expedición de españoles hacia Saint Lambrecht a mediados de 1943. Aquí continuó siendo solidario con los otros presos: leche, mantequilla, patatas o lo que fuera, las repartía entre sus compañeros. También tuvo tiempo de padecer una tremenda paliza la noche de Navidad de 1944, en la que perdió varios dientes y su espalda quedó dañada para siempre. Pero el final de aquella pesadilla estaba próximo. Junto a unos compañeros, un 8 de mayo de 1945 logró salir de aquel campo; creían que los alemanes iban a dinamitarlo, y aunque no fue así, prefirieron arriesgarse y huir. Atrás dejaba a decenas de miles de muertos, muchos de ellos amigos. También su salud y su juventud quedaron allí para siempre.

Su vuelta a París junto a miles de refugia-

dos fue un volver a empezar. Si de algo le sirvió haber trabajado en aquella triste cantera fue para aprender a trabajar la piedra, de modo que cuando se estableció en la antigua Carcasona comenzó a restaurar su gran muralla medieval. Muchas de sus piedras serán sanadas por las manos de Agapito, ellas que podrán observarlo ya para siempre.

Nos dejó Agapito Martín, pero algo de él permanecerá entre nosotros. Como muy bien señala Emilio Ginés en el libro de fiestas de Soneja del año 2.000, *"...hablar de Agapito es hablar de un sonejero de la cabeza a los pies, que siempre quiso a su pueblo y lo demostró como él mejor sabía, grabando infinidad de metros de cinta con todos los acontecimientos que han sucedido en Soneja a lo largo de los años.....Pero Agapito siempre estará con nosotros porque quedó inmortalizado en el libro que publicó, en él explicaba sus vivencias, lo que sufrió en sus propias carnes y creía conveniente que el mundo supiera lo que pasó en los campos de exterminio..."*.

Agapito Martín nos dejó su memoria, testimonio de un hombre entero que supo resistir la violencia inimaginable de aquellos años bárbaros de la Alemania nazi. En él se encuentra la valentía de la memoria, aunque fueran horribles los episodios recordados; valentía que es también una manifestación de la integridad espiritual y política que tanto asombró a los oficiales franceses que veían a estos españoles la voluntad de resistir al enemigo. Es gratificante que un premio Nacional de Historia como D. Juan Marichal, me escribiera hace algún tiempo para decir de Agapito: *"...cuanto debemos a héroes como él los que tuvimos la suerte de no padecer todo lo que tantos y tantos españoles leales conocieron en los horrores del nazismo"*.

Descanse en paz, Agapito. Su vida y su historia deben ser ejemplo para aquellos que aman la libertad, al tiempo que forma ya parte de la historia política del exilio español, sencillamente, de la Historia de España.